

La Hermandad de la Pirámide del Escorpión  
Edison Ramiro Miño Arcos

Quito, marzo 2013

## Las espadas de Alfaro

Cuando despertó sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo como rayo de frío, movió el brazo derecho y sintió un dolor terrible a la altura del codo como si lo hubiera tenido en esa posición muchos años, decenas de años, un siglo. El otro brazo le dolía menos, estaba junto a la pierna izquierda, cerrado el puño.

Su cuerpo se estiró con dificultad, sacudiéndose la pereza y la inmovilidad de un largo período. Estaba vestido con uniforme militar vistoso, no recordaba cuando utilizó uno de esos, quizás ni siquiera era suyo pero era elegante: la chaqueta zafiro tenía bordados con hilos sol varios símbolos militares que reconoció de inmediato.

Miró sobre sus hombros las charreteras y le parecieron bonitas, solemnes, tenían cuatro estrellas doradas y un escudo, los bolsillos de la chaqueta -guerrera le vino a la mente el nombre como un rayo de luz-, eran de terciopelo sangre; el pantalón perla estaba impecable, le gustó el uniforme.

Le llamó la atención ver su rostro, porque se sentía cambiado, o por lo menos que algo había cambiado dentro de él y por lo tanto creía que también por fuera había cambiado, se levantó del piso donde había estado recostado en un cuarto amplio, con adornos como de Museo, junto a otros enseres que le parecieron conocidos y los observó con cariño, pensó que ya tendría tiempo para los recuerdos y buscó en las paredes un espejo, quería mirarse el rostro, le daba mucha curiosidad, quería saber cómo estaba su expresión.

Hurgando en las paredes encontró un espejo, se acercó con timidez, con cautela, la penumbra no dejaba ver bien, el rostro se reflejaba en el espejo y pudo verse.

Era el mismo que recordaba siempre, o más bien dicho, recordaba de viejo: las arrugas en la frente, los ojos pequeños y llenos de vida, la nariz delgada, los labios encogidos por la edad, su bigote blanco permanecía ahí, pero lo que le gustó de esta visión fue la perilla de su barba blanca, su compañera de siempre, la que acariciaba cuando pensaba, cuando sufría, cuando lloraba, cuando peleaba, cuando viajaba; su compañera de siempre, la acarició como en los viejos tiempos y sintió que vivía una nueva vida.

Era él mismo pero estaba uniformado elegantemente aunque le faltaba algo en el brazo que le dolía, recordaba un sable en las manos, la vaina estaba en su sitio, colgando de una correa en el lado izquierdo pero el sable no estaba.

Se movilizó por el lugar y escudriñó el salón, trataba de intuir lo que había sucedido, ese no era un sitio conocido, pronto descubrió que se trataba de un lugar solemne dedicado al Presidente Eloy Alfaro, porque allí estaban sus cosas identificadas, incluso había algunas prendas que

reconoció como las de la esposa del Presidente Alfaro, su querida Anita; Anita de mi alma le decía.

Extrañamente un recuerdo de ella le tomó por asalto y le produjo un desvanecimiento que le afectó unos segundos en los cuales debió arrimarse a la pared; se incorporó y recordó nuevamente a doña Ana Paredes de Alfaro pero como su esposa, una sensación de angustia le invadió y trató de concentrarse en lo que había sucedido, quería saber detalles y ahora era importante saber sobre qué pasaba con el recuerdo de esa esposa.

Por una pequeña ventana del salón observó la luz de la tarde, no sabía la hora exacta, intuyó, por su larguísima experiencia en el monte, que pronto anochecería, lo podía oler en el ambiente.

Decidió sentarse en un sillón -al que reconoció como un detalle familiar- y esperar, ordenar las ideas y pensamientos respecto de lo que le estaba sucediendo en ese momento.

Estar sentado allí le permitió reflexionar, no podía medir el paso del tiempo, en pocos minutos su mente le llevó a varios lugares, así trabajaba su cerebro, era ágil, audaz, poco reflexivo, esa era su cualidad.

Lo que no le cuadraba era este momento de la vida, ¿cuándo cambió?, ¿cuándo sucedió?

Al cabo de un largo silencio escuchó ruido de gente que se acercaba abriendo y cerrando puertas aledañas, volvió de inmediato al sitio donde estaba cuando despertó para esconderse y esperó que entraran al salón.

Dos guardias llegaron hasta la habitación alterados y gritando.

- ¡Es cierto! grito uno de ellos arreglándose la gorra que se le corría por los gestos alterados que hacía.

- ¡No mintieron estos pillos, el sable y el cuchillo desaparecieron del sitio donde estaban!, contestó el otro.

- Suerte que no se llevaron nada más, añadió el primero, porque debe ser valioso lo que hay aquí.

Su compañero le interrumpió.

- ¿Pero para qué diablos querían la espada y el cuchillo, de qué les sirve?, ni para vender, aquí hay cosas por las que darían más plata, ¿qué raro?, dijo y tomó del brazo al otro guardia obligándole a salir de la habitación.

Eloy se dio cuenta enseguida de lo que pasaba, se había cometido un robo en el Museo pero no recordaba que churos hacía él allí, por qué estaba en ese sitio que tampoco le era familiar, trató de recordar mientras escuchaba alejarse a los dos guardias pero no tuvo tiempo, porque los siguió para salir de ese sitio, escuchó que un tropel se acercaba; un grupo de personas ingresó apresuradamente al Museo y en medio de un tremendo caos tomaban fotografías del lugar. Se

paró un momento para observar y comprendió algo cuando una de esas personas dijo delante de una maquina rectangular que tenía en sus manos:

- "El espectacular robo se produjo aproximadamente a las cinco de la tarde del 17 de junio de 1982, como lo había anunciado, vía telefónica a varios medios de comunicación, una persona que se identificó como miembro de un grupo subversivo que reivindica el nombre del viejo luchador don Eloy Alfaro Delgado".

Eloy dio vuelta y lentamente se fue a la calle.

2

La noticia del robo

Estaba trabajando en Guayaquil sobre un reportaje de tierras invadidas y acababa de regresar del monte, luego de todo el día de buscar testimonios y fotografías, descansaba cómodo en mi sillón prestado en la sala de redacción casi vacía en esos momentos porque luego de las seis de la tarde esa redacción se volvía un pandemonium de trabajadores imprimiendo las últimas noticias del universo.

Guayaquil es una ciudad que siempre me agradó, porque tiene como una magia propia para atraer a los suyos y a los extraños; tanto crecimiento y tan boyante economía no es producto sino del trabajo de su gente en el puerto, un puerto en un río que se mezcla con el mar durante el día.

Me causó gracia toparme de frente con la frase "Guayaquil Independiente", mientras leía un informe de la policía sobre las invasiones que investigaba, estaba bañado en sudor, tomé una toalla de papel y me refresqué, volví a sonreír:

- Bonita la frase, dije, "Guayaquil Independiente", eran otras condiciones, otra realidad, otros héroes.

Sin entender por qué pensé en el Presidente Alfaro sofocando personalmente el incendio de 1896, al poco tiempo de haber tomado el poder y cuando se iba a reunir la Asamblea Constituyente convocada para refundar el país.

Alguien prendió ese fuego que destruyó media ciudad de Guayaquil, y claro, los curas le echaron la culpa al indio Alfaro, al hijo del demonio, y volvieron a esgrimir el lema por "Guayaquil Independiente".

Mientras pasaba páginas y páginas del informe sobre las invasiones, llenas de detalles inservibles y faltas de ortografía, repuse que lo de "Guayaquil Independiente" me vino a la mente porque en uno de los recorridos por los terrenos invadidos, leí un cartel que identificaba a la pre cooperativa de vivienda como "Guayaquil Independiente" y volví a sonreír al recordar

una de mis novelas favoritas: “El rincón de los justos”, de Jorge Velasco Makensie, ahí estaba el nacimiento del suburbio guayaquileño, de las invasiones, cualquier referente debía partir de esa novela e inclusive anoté en mi agenda: “incluir un pasaje del rincón en el reportaje”, como para darle contenido histórico necesario me justifiqué conmigo mismo, quizás podría utilizar ese capítulo donde el autor descubre el mundo del lenguaje suburbano de Guayaquil cuando dice que sus habitantes “sueñan con trobos, broncas, peloterías, despelotes, y salen airosos o sea bacanos, creisis, para irse de bielas, de humo y vivir bien, no como nosotros que somos tontos a la vela, giles, zonzos, mudos, socas, mate huevas, hasta que otra vez vuelven con los amigos y los llaman ñecos, ñaños, ñeritos, ñicura, derivados del kichwa que es la lengua que oyen a diario por estos alrededores, es decir por la Plaza Central, por el Parque Victoria, por el cine Lux, por toda la calle Colón que ellos llaman Matavilela”.

Realmente Guayaquil me inspira, es uno de mis Macondos, a pesar de ser quiteño, ¿a pesar?, reculé.

Quito tiene otra magia, dije en voz alta porque seguía solo y pensaba en refrescarme, salir para el hotel y descansar porque ya iban a ser las seis de la tarde e iba a salir de farra con algunos compañeros más tarde en la noche.

En ese momento sonó el teléfono y tuve que levantarme del sitio donde estaba y sobre el cual ya había dispuesto que el ventilador distribuyera toda su frescura.

Al otro lado de la línea telefónica una voz desconocida dijo en forma brusca y apresurada:

- “Vayan al Museo Municipal de Alfaro acabamos de recuperar sus espadas y no las devolveremos hasta que no exista justicia en este país, Viva Alfaro, ¡Carajo!” y cerraron la comunicación.

Me quedé pensando, el corazón se agitó, el sudor se detuvo, el calor ya no existía.

- ¿Qué fue eso?, ¿una llamada real?, ¿una vacilada típica de los monos? o qué, parecía real, yo sabía que el Museo estaba cerca de las oficinas del periódico, tomé una grabadora y salí corriendo sin olvidar la botella de agua.

Desde la calle le grité al guardia del edificio que volvía enseguida del Museo Municipal.

Cuando llegué avancé en medio de un grupo de personas que se arremolinaban en torno a la entrada principal del Museo.

Dos guardias salieron, hablaron con un funcionario en la puerta, y luego se acercaron al grupo de periodistas que los rodeamos para atacarles a preguntas; sin mayores explicaciones nos permitieron el ingreso hasta un salón dedicado a la memoria del ex Presidente de la República del Ecuador, General Don Eloy Alfaro Delgado.

Antes de entrar regresé a ver a un personaje vestido de forma pintoresca que sin llamar la

atención salió del sitio y se perdió en la calle.

El salón estaba intacto, yo lo había visitado antes un par de ocasiones, recordaba bien la disposición y nada estaba fuera de su lugar, excepto claro, la espada y un cuchillo que habían dejado una vitrina vacía solo con los rótulos identificativos.

3

Las dudas de Eloy

Eloy no recordaba detalles de su vida desde ese día del Museo ni de su niñez, no recordaba nada pero en cambio sabía con exactitud detalles de pasajes enteros de la vida del Presidente Alfaro.

Por alguna razón sabía que tenía 71 años y que fue asesinado el 28 de enero de 1912, recordaba el tortuoso peregrinaje sobre el ferrocarril que lo había hecho famoso en el mundo por la audacia de su construcción y que por salvar al país y su dignidad volvió al Ecuador para levantarse en armas en contra del gobierno que lo destituyó, pero fue detenido y trasladado a Quito para humillarlo en un juicio público que nunca se realizó, porque la tarde de su llegada al penal García Moreno con otros compañeros, la cárcel fue asaltada en medio del abandono sospechoso de sus guardias y solo recordaba que un delincuente le disparó un tiro a la frente mientras se insultaban mutuamente con el asesino, recordaba eso, recordaba los detalles, pero ¿por qué no recordaba su vida, su propia vida desde la tarde del museo para atrás?.

Se concentró y volvió a recordar pasajes de la vida de Eloy Alfaro, un detalle le vino a la mente en particular cuando era adolescente, junto con sus arriesgados hermanos y amigos, secuestró al Gobernador de Manabí, el entonces coronel Francisco Javier Salazar, luego Ministro de Guerra de García Moreno. Tenía 22 años cuando decidió realizar la primera acción subversiva que lo llevaría fuera de su patria en un peregrinaje por Centroamérica que sólo terminó con la muerte. Salazar había detenido a su hermano Medardo para exigirle que denunciara el sitio donde estaba reunido el comando del Partido Liberal, aunque todavía no eran partido en realidad.

Eloy, conocedor de esta infausta noticia y al calor de su juventud, procedió a secuestrar al Gobernador y lo llevó hasta la prominente Junta que negoció su situación, obtuvo el firme compromiso de cesar la persecución contra sus hombres y la libertad de los detenidos, con lo cual, y ante el asombro del joven Eloy, los abrazos y las mutuas expresiones de zalamería reemplazaron al discurso inflamado y rebelde de los días anteriores.

Como Salazar no era ningún pendejo, ordenó al siguiente día, detener a los complotados y trasladarlos a Quito para que sean juzgados; el joven Eloy, intuitivo como empezaba a ser, salió la misma noche del suceso rumbo a Guayaquil, llevándose todo lo que tenía: Un poco de dinero, unos cuantos libros, un sombrero de paja toquilla de Montecristi, su ropa de montaña y el aroma

del café fresco en la mañana que lo acompañaría siempre, además, la nostalgia de la cálida tierra manabita y su inmenso deseo de revolucionar a una sociedad corrupta, hipócrita y explotadora. Luego de unos días de disfrutar su estancia en la bella Guayaquil decidió partir a Centroamérica llevando consigo ese infinito deseo de justicia que lo haría volver varias veces incluso la última para su muerte; y, el sombrero de Montecristi, el cual, por un descuido comenzó a conocerse como Panamá hat o sombrero de Panamá, el cual le hizo dueño de una considerable fortuna que la perdió en medio de sus incontables andanzas guerreras.

Eso fue lo que se reprochó en silencio a lo largo de su existencia, no el haber perdido una fortuna -era un hombre al que poco le preocupaba el dinero-, sino el haber permitido que el sombrero de paja toquilla cambie de nacionalidad.

El coronel Salazar llegó a ser general y Presidente de la Asamblea Constituyente de 1884 en la cual, y a pesar de haber ganado una violenta lucha contra el mudo Veintemilla, le quitó, al ya no tan joven Eloy, la Presidencia de la República con los votos conservadores y progresistas manejados por el mismo Salazar del cuento.

Así era su mente, rapidísima, le llevaba en fracciones de segundo a un sitio, a un recuerdo profundo y luego se concentraba en lo que hacía o decía. Era un hombre inquieto, ágil, trabajador, no le gustaba la espera, era muy puntual, sin embargo recordó que en los últimos años se quedaba dormido en medio de las conversaciones o reuniones por más importantes que fueran, eso le molestaba mucho porque no era su decisión ni podía controlarla, era una maldita enfermedad que les da a los viejos.

Retornó a la realidad y notó que se había parado en una esquina en la calle, le invadió un inmenso deseo de saber qué había en esas calles, si las reconocía, si eran las mismas de siempre aunque ya escuchó que estaba en el año 1982 o sea que era actual, que sus recuerdos e ideas de la vida de Alfaro por alguna razón estaban presentes en su memoria pero que él vivía en 1982, eso le calmó un poco la angustia porque iba entendiendo algo poco a poco.

Lo que sí está claro, por lo menos, se dijo, es que el Ecuador sigue incólume en la historia, no ha perecido, como santificaban a diario los curas en contra de Alfaro prediciendo “la desaparición inminente del país, en medio del castigo divino que derramaría ríos de lava ardiente para chamuscar a la gente y destruir toda forma de vida y cubrir esos restos con una gruesa capa de cenizas emanada de los volcanes afectados por la santa ira; luego de lo cual una inmensa ola de mar cubriría para siempre esta tierra de impíos y herejes masones que no habían logrado desterrar de sus vidas al demonio infame que se apoderaba de los beneficios y regalos divinos que había prodigado el Sagrado Corazón de Jesús con la anuencia del Sagrado Corazón de María”, amén dijo y sonrió.

Todas las apocalípticas premoniciones de destrucción inminente no habían acabado del todo con su patria; como católico le asaltaba la terrible culpa de que uno de esos maleficios hubiese caído sobre sus compatriotas pero en su debido momento pidió perdón por ello.

Esperó no encontrar un país en ruinas y lleno de dramas y males que los hubiera provocado él con sus acciones e ideas políticas, tal vez los curas tenían razón, sino ¿por qué su muerte tan violenta y ejecutada por la misma gente que había luchado junto a él, con esa chusma por la que dio tanto, pero que en ese momento ya no le creyó?

Como un rayo le vino a la mente una frase de la homilía del Arzobispo de Quito en medio de la guerra: “Monstruo del infierno, espantoso, indescriptible, el liberalismo y el radicalismo; es la gran ramera de Babilonia que vio San Juan en el Apocalipsis”.

- Sabían insultar estos curas, pensó. ¿Qué será de la Iglesia ahora?, se preguntó, y la curiosidad agitó su respiración.

Dejó sus dudas por un momento y cruzó la calle sin que nadie lo detuviera, no le importó ni su vestido ni su apariencia, la curiosidad era más fuerte que los escrúpulos en ese momento.

4

No te ahueves

Eloy buscó un sitio donde pararse a pensar, caminó algunas cuadras observando, impresionado, las grandes vitrinas y los gigantescos edificios de cemento y hormigón que crecían hasta el cielo, en medio de unas calles llenas de bullicio vital.

Recordaba muy bien los autos, porque de inmediato le vino la imagen de él mismo arriba del vehículo presidencial cuando recorría las calles adoquinadas del centro de Quito, para dirigirse desde la residencia presidencial ubicada a unas cuadras hasta el Palacio de Gobierno, se sonrojó al recordar que -a pesar de su edad se sonrojaba- llamaba la atención de los quiteños que se paraban a contemplar, todos los días como un rito, el paso del carro presidencial, y él como un jovencito al que le descubren la travesura, asustado, devolvía el gesto con timidez cuantas veces le saludaban.

El suyo, o más bien dicho, el vehículo presidencial era uno de los seis que, en 1900, paseaban por Quito y como si fuera poco, el carro “que caminaba solo” -así le decían algunos- coincidió con la llegada del indio Alfaro, por lo menos de eso no le culparon los curas porque los otros cinco carros eran de prominentes banqueros y hacendados conservadores.

Parado en una esquina se distrajo mirando el cambio de las luces de un semáforo, alguien comentó, durante sus años de gobierno, sobre esta forma moderna de controlar el tráfico que se utilizaba en Londres, jamás se imaginó que los vehículos se reprodujeran de tal manera que



necesitaran esos aparatos en Guayaquil.

Siguió caminando lo que le pareció conocido y sin mayores cambios fue la gente, su gente, parecía que a pesar de las ropas, eran los mismos quienes le saludaban en las calles cuando fue Presidente, hasta creyó ver en estos rostros a varios de sus soldados bulliciosos, alegres, entradores.

Mayor impresión le causó la Plaza del Centenario, esa no estaba allí cuando salió de Guayaquil la última vez en su tren, con destino al trágico final en Quito. Le pareció preciosa, ejemplar, leyó las placas recordatorias de la Independencia de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820 y los nombres de los héroes de antaño, y sintió un vacío en el estómago cuando la reconoció muy familiar.

Se volvió a sorprender cuando pensó en su perspectiva porque curiosamente sintió hambre y sed, mucha sed, como si hubiera tomado licor la noche anterior y ahora necesitaba hidratarse, estoy chuchaqui, se dijo sonriendo, porque él no tomaba licor, el calor le sofocaba aunque ya había caído la noche con sus sorprendentes millones de luces que anunciaban un montón de cosas.

En los tiempos del Presidente Alfaro las luces del alumbrado público eran velas de grasa animal que prendía un indio apenas aparecían las sombras de la noche y las apagaba con el amanecer; luego apareció incipiente la luz eléctrica, no era como la que ahora le deslumbraba, “Alfaro le dio la luz a Quito Luz de América”, pensó riéndose.

Cuando dio vuelta sobre sus espaldas vio a un grupo de muchachos que lo observaban y comentaban en voz baja lo que veían; les llamaba la atención la vestimenta y saber qué demonios hacía en su territorio.

- Mira ese viejo enano, disfrazado de payaso, les oyó decir.

Se acercó al grupo sin vacilar y les plantó conversación.

- Qué hay muchachos, dijo con naturalidad, ¿a qué se dedican ustedes?, preguntó.

- A nada que te importe, contestó el más alto de todos, no molestes.

Eloy le interrumpió con firmeza.

- Sí me importa, añadió.

Los muchachos rieron a carcajadas y soltaron una serie de insultos que Eloy no entendió, rucó mate huevas, gilazo, pero insistió, con un tono más suave.

- Lo que pasa es que estoy recién llegado y no tengo donde ir por ahora, quisiera hablar con alguien para pasar la noche, comer algo y descansar hasta que amanezca, luego ya veremos, puedo ayudarles en lo que sea, estoy un poco viejo pero conozco muchas cosas que pueden servirles, explicó con serenidad lo que calmó a los jóvenes.

Se retiraron un poco, cruzaron varias ideas entre ellos y luego el más alto se dirigió hacia él y dijo:

- Bueno viejo, me llamo Carlos, soy el jefe del grupo, somos de la gallada del “no te ahueves” y este es nuestro territorio, aquí cuidamos a los artistas de la plaza, ellos nos pagan con comida y trago, cobramos impuesto al que quiere pasarse de vivo y tú nos puedes servir para algún trabajito especial pero tienes que demostrarnos tus habilidades.

- En realidad no soy muy hábil con las manos, explicó Eloy, conozco muchas historias que les van a gustar a ustedes y a la gente, así es que tengo una idea, no pudo continuar porque Carlos le cortó en seco.

- Pero que sea productiva, le soltó al tiempo que hacía un gesto con los dedos como si contara billetes imaginarios.

- Por supuesto, respondió de inmediato, me llamo Eloy Al..., las risas le detuvieron.

- Verás que dice Alfaro el viejo payaso, escuchó decir a uno, mientras otro gritaba.

- ¡Y lo peor es que dirá que ese es disfraz de Presidente de la República, el viejo zonzo!

- ¡Yo vi en un libro de la escuela que había un Presidente Alfaro pero qué se va a parecer a este! Los demás reían con ganas oyendo el debate de sus camaradas.

- Buena locos, dijo Carlos, dejen que el cucho suelte su rollo.

Eloy dejó que las cosas se calmen para proseguir, porque la interrupción le permitió concretar la idea que tenía y les explicó:

- Lo que mejor hago es contar historias, he leído muchos, muchísimos libros, he viajado mucho también, ahora estoy desocupado, así es que yo cuento historias en el parque y ustedes recogen dinero para poder comer y comprar lo que necesitamos, no sé como nos vaya en el negocio, les prometo que haré mi mejor papel porque tengo hambre, dijo guiñando el ojo para darles confianza.

- De paso, añadió, llámenme Eloy simplemente.

Pidió a los muchachos que buscaran a otros amigos en el parque y se acomodaran en torno a él para escucharlo mejor. En su mente apareció fulminante la imagen del Presidente Alfaro con sus hijos sentados alrededor en la casa de Panamá, donde les contaba las mil aventuras que venía pasando en el Ecuador o en sus viajes de negocios.

Recordó con precisión los rostros de cada uno de ellos y sus enormes ojos ávidos de escuchar los relatos del padre a quien consideraban un héroe, como los de los libros que les leía su madre cuando él estaba ausente.

Por primera ocasión se sintió bien en este nuevo mundo, tranquilo, ya le parecía el suyo; los jóvenes se sentaron en las mejores posiciones, mientras Eloy se arreglaba el traje para comenzar

la función.

No sintió vergüenza de lo que estaba haciendo ni de lo que decía, era un hombre digno y esto era necesario para sobrevivir como le correspondió hacer en muchas ocasiones en las que estuvo hambriento, herido, enfermo, pobre, abandonado, calumniado, ni siquiera sintió vergüenza cuando le capturaron para llevarlo a Quito, tachándole de loco senil.

Recordó que se sonrojaba cuando leía lo que sobre él y sus ideas escribía, antes de conocerle un tal Juan Montalvo o su amigo Roberto Andrade, pensaba que no se merecía proviniendo de hombres tan inteligentes y valiosos como esos periodistas y escritores liberales.

Cuando todos estuvieron en su sitio, Carlos le llamó la atención y le ordenó que comience.

Eloy se inspiró y dijo a su improvisado auditorio

- Les voy a relatar la más increíble, misteriosa, heroica y verdadera historia de una batalla naval, frente a las costas de Manabí, en la que participó un precioso barco llamado Alajuela, cuyo capitán, quien llegó a ser Presidente de la República, no sabía nadar.

5

Buscando un periodista

Eloy se vinculó con el grupo de muchachos y empataron de inmediato, él les daba consejos sobre su conducta y de rato en rato les enseñaba trucos y artimañas de soldado viejo, trasteos mágicos que exhibía como artes escénicas pero no tenía idea de donde le venían o por qué estaban en su mente, pero de hecho se las sabía todas y muy buenas.

En cambio ellos le dieron un techo para dormir y comida, también aprendieron a manejar el cuchillo con habilidad y hasta la espada, aunque los guambras no sabían para qué les servirían si ni siquiera contaban con una espada para la demostración porque practicaban con palos de escoba encontrados en las calles.

La vivienda era una casita de caña, típica del cálido litoral, tenía tres cuartos más o menos grandes, separados por paredes de caña también, en ella se había improvisado un lugar de descanso común, un comedor y una especie de bodega donde se almacenaba el producto de los trabajos de los muchachos que era lo que traían de la calle sin que nadie averiguara su origen ni su destino.

Estaba ubicada en una ciudadela, si es que a eso se podía llamar de algún modo decente, dijo Eloy, dominada por el carisma, la fuerza y la violencia del “abogado”, un líder barrial listo para prestar su apoyo a cualquier causa que la creyera justa y rentable, desde invadir terrenos de ricos guayaquileños para fundar “ciudadelas”, hasta organizar concentraciones públicas para los candidatos de turno sin importar el partido o el grupo que lo contrataba, en la calle decían que su

negocio se llamaba “concentraciones sociedad anónima”.

No obstante los muchachos consiguieron esa casa gracias a sus relaciones con el “abogado”, el cual tenía sus oficinas en un edificio en la Plaza del Centenario y por lo tanto la relación entre ellos se dio fácil. El “abogado” los recogió y facilitó la casa, sobre la cual debían pagar una especie de arriendo mensual, como cuota de protección y servicios.

Hasta esa casa llegó Eloy, el día, o mejor dicho, la noche que salió del Museo, allí le refugiaron los jóvenes y le dieron la oportunidad de conocerlos mejor y ayudarlos en lo que podía.

Su vida estaba entre contar cuentos en la Plaza del Centenario, actividad en la que le iba bien porque obtenían buen dinero de las personas que se quedaban a escucharlo, y atender lo que desde su llegada comenzó a identificar como su hogar y centro de actividades.

Meticuloso como era con la información logró que un vendedor de periódicos, que vivía por ahí mismo, pasara por la casa dejándole un ejemplar del periódico más importante de la ciudad, le pagaba poco a poco según iban las finanzas del grupo, las cuales también administró por decisión de los jóvenes.

Así pudo leer con avidez las notas periodísticas firmadas por un tal Andrés Santiago, el que parecía manejar de mejor manera el tema del asalto al Museo y que hablaba de un misterioso personaje que apenas pudo ser visto en la escena del robo de las espadas del general Alfaro y al cual, excepto él, parece que nadie tuvo en consideración como testigo del hecho porque de acuerdo con las propias versiones periodísticas del mismo Andrés Santiago un grupo subversivo fue el autor y con eso se daba por terminado el incidente para la policía.

Pero el periodista insistía en que había algo más en el asunto y buscaba profundidad. Pensando que el periodista estaba en busca de la verdad y Eloy también, decidió encontrar al periodista y preguntarle qué tanto sabía de su vida y si podía explicar de algún modo lo que le estaba pasando.

El periódico tenía sus oficinas cerca del parque donde trabajaban por lo que no fue difícil averiguar que el periodista no residía en Guayaquil sino en Quito, pero con un poco de arte, inclusive, logró conseguir la dirección de mi casa.

6

A Quito

La partida no fue muy dolorosa, Eloy dejó a los muchachos con la esperanza de un viaje con retorno inmediato, aunque su razón le decía, casi como premonición, que algo le distanciaría poco a poco de esto que comenzó a tomar como propio.

La noche anterior a la partida los muchachos lloraron, rieron, cantaron, tomaron licor -algo que

no pudo controlar Eloy mientras duró su relación porque él no tomaba ni fumaba-, y antes de la partida le dieron dinero suficiente para su permanencia en Quito y el pasaje de regreso.

No le fue difícil llegar a Quito, viajó toda la noche en un bus interprovincial que le pareció cómodo pero pudo dormir durante el trayecto, con la llegada en la mañana buscó en una guía telefónica mi nombre pero no encontró nada , es que no consto en la guía no por razones de seguridad sino porque no tengo para qué constar, apenas arriendo un departamento y vivo del sueldo del periódico, soy soltero y vivo fuera de la casa de mi familia, entonces todavía no tengo para qué constar en la lista de ciudadanos de esta ciudad.

Sin embargo Eloy no se asustó sino que alquiló una habitación en un hotel de cuarta categoría que estaba por ahí cerca al terminal terrestre en el centro de Quito, en el Cumandá, dejó una pequeña maleta con la poca ropa que había podido conseguir durante su estadía con los muchachos y el uniforme con el que salió del Museo y que le servía para sus presentaciones en el Centenario.

En el hotel le prestaron un mapa de Quito en el cual pudo ubicar las calles de la dirección de mi casa y hasta le dieron la ruta que debía seguir para hallarla.

En un momento del viaje en los buses comenzó a lucubrar sobre lo que le estaba sucediendo y cayó en cuenta que fue por la guía telefónica, su mente retrocedió hasta un momento en que recordaba a una ciudad de Quito sin tantos habitantes, recordó una ciudad con calles polvorientas y empedradas por las que recorrían los ciudadanos tranquilos y sencillos, no era esta misma ciudad que ahora recorría, más bien era una ciudad pequeña con cara de vieja y pobre, el recuerdo era tangible casi la podía tocar, parecía que reconocía las casas o las calles pero con otra perspectiva, entonces creyó que se estaba durmiendo del cansancio aunque continuó con los pensamientos después de sacudir la cabeza y pasarse la mano por la cara con un pañuelo que siempre estuvo consigo y que era de fina seda y tenía bordadas las iniciales EA en una esquina. Como relámpago le llegó el dato de un censo que se realizó en una de las presidencias del general Eloy Alfaro, pensó que habría sido una tarea titánica, no había caminos. En esa época el país parecía un gigante inexplorado, apenas se comunicaban las ciudades principales por medio de caminos de herradura; muchas comunidades y pueblos que se desarrollaron alrededor de las haciendas no permitían acercarse a sus límites ni siquiera a las autoridades y menos si eran del gobierno liberal, ateo y masón que quería expropiar las posesiones de la santa Iglesia, los conservadores o los progresistas.

Los recuerdos le venían como lluvia de pensamientos vívidos y reales como uno que le mostraba que en abril de 1906 la Policía entregó cuestionarios a cada dueño de casa en Quito para que los llenaran con los datos sobre las personas que vivían o pernoctaban con frecuencia,

a ese ejercicio público le llamaron “la población de Quito”.

El resultado le vino casi como fotografía: 50.841 habitantes entre ecuatorianos y extranjeros de ambos sexos empadronados en 1.797 casas particulares, ¿cuántos seremos ahora? -se preguntó- y conmigo más todavía que cuento por dos, sonrió pensando en su situación mental que le ponía en dos espacios y momentos.

Dejó de vagar y recordó que en Guayaquil sus muchachos le enseñaron a tomar un bus, transportarse sin despertar sospechas de ser parroquiano o “serrano caído de la hamaca”, a cuidar los bolsillos, a preguntar direcciones a determinadas personas y comportarse como un pez en el agua, y hasta conseguir el pasaje de los bolsillos ajenos (aunque nunca lo hizo), por eso no tuvo problema para llegar al barrio donde vivo.

Preguntó en una tienda si conocían al señor periodista Andrés Santiago, pero no le pudieron responder con exactitud aunque si le avisaron que habían oído que un periodista vivía cerca y le dijeron dónde.

Se acercó hasta el lugar en uno de los departamentos, porque es un edificio de cinco pisos, ubicado en San Carlos, al norte de Quito y mediante una tablita pegada en la pared se enteró que el periodista que buscaba vivía en el tercer piso del Bloque Chimbo, timbró en el botón que correspondía a mi piso pero no recibió respuesta, como era lógico, porque vivo solo, entonces decidió esperarme suponiendo que estaba trabajando.

Después de repasar sus alternativas, entre las que estaban irme a buscar al periódico del cual no sabía su dirección o regresarse al hotelucho de su residencia, decidió conocer el barrio, descansar en un parque cercano bonito y grande del que luego supo se llamaba Parque Inglés y esperar hasta que yo apareciera.

Recorrió el Parque Inglés y, así mismo como antes, le asaltó literalmente el recuerdo de un inglés famoso en el gobierno de Alfaro porque fue el compañero de locuras que le llevó al infierno en que se convirtió la construcción del ferrocarril Guayaquil and Quito Rail Road Compañy, del ingeniero Archer Harman, el cual hasta perdió a su hermano “en este tren del demonio” como le llamaron los curas.

Pasaba el medio día cuando decidió ir a conocer el barrio donde estaba, caminó varias cuadras con paso lento, conociendo todo, reconociendo algo, identificó los nombres de las calles que leía con atención: Carlos V, Fernández Salvador, Hernán Cortez, Vaca de Castro, llegó hasta un lugar que parecía popular, lleno de gente y bullicio, había un mercado cerca, preguntó y supo que estaba en Cotocollao, un barrio tradicional de Quito, mientras recorría las calles el recuerdo de una fastuosa fiesta, se le apareció en forma de bruma, en la casa de la hacienda llamada La Delicia, rodeada de enormes propiedades de los curas enfrascados en un debate público por la

utilidad de los terrenos lo que les permitió quedarse con algunos de ellos, ahora, estaba parado frente a la casa de la hacienda convertida en un bonito edificio que servía de biblioteca y centro de estudios, quiso entrar pero un guardia le dijo que volvían a atender a las tres de la tarde.

Sintió hambre y entró en un salón pequeño, pidió un almuerzo para no dañarse el estómago con comidas desconocidas que le ofrecían, y mientras comía su mirada se cruzó con la de un joven que retiró la vista en cuanto Eloy advirtió que lo miraba con insistencia, entonces recordó que cuando estuvo en el Parque Inglés un joven medio barbado, delgado y alto le preguntó la hora y algo sobre una dirección que no conocía, su instinto hizo que revisara las recomendaciones de sus muchachos y cortó ahí la conversación.

Ese mismo joven tomaba una gaseosa parado en la puerta del salón donde almorzaba, terminó de comer y cuidándose las espaldas regresó hasta mi casa por otras calles. En el trayecto le volvió a asaltar un recuerdo sin sentido, se veía a sí mismo cansado y caminando con esfuerzo en medio de una selva en la que con seguridad evadía controles militares en los ríos, comía hierbas, bebía agua empozada, y llegaba hasta la casa de unos campesinos que le proponían pasarle a Colombia.

Soñando así volvió a ocupar el lugar en el parque para continuar la vigilia, estaba cansado y ya era tarde, aspiraba que los periodistas no trabajáramos hasta tarde porque de otro modo la jornada sería larga y a él no le gustaba esperar, a no ser que tuviera un libro en sus manos y por ahora no lo tenía.

Sentado en una banca miró de reojo en la calle a un vehículo pequeño que se detuvo a la altura de donde estaba sentado, el mismo joven del mercado salió del coche en forma apresurada, y antes que Eloy pudiera reaccionar le puso un revólver en la espalda y le ordenó que le acompañe al vehículo.

Eloy prefirió no resistir y obedeció con tranquilidad, en el coche estaban tres muchachos más a los que no pudo verles el rostro porque deliberadamente se lo ocultaban mirando a otro lado pero eran jóvenes, le sentaron atrás entre dos, el joven barbado se sentó junto al chofer y le pasó un par de gafas que tenían pegado algodón en la parte correspondiente a los ojos, le recomendaron que se recostara en el asiento, Eloy sintió que el vehículo se movía y respiró profundo.

7

Un cuento policíaco

La noticia del asalto al Museo Municipal estaba en todos los medios de comunicación, “incluso en los chigchiguas de provincia”, me confirmó el director del periódico, aunque todavía era

escueta y basada en los pocos comentarios que los periodistas logramos captar de los guardias municipales antes de que la Policía los resguarde para interrogarlos.

- Es tu tema, me dijo, a la mañana siguiente, lúcete como lo sabes hacer y me entregó el oficio mediante el cual el Comandante de la Policía nos invitaba a una rueda de prensa para explicar los detalles de este operativo.

Fui hasta el cuartel Modelo de Guayaquil y escuché la versión policial.

Lo primero que desvirtuaron los policías fue una acción de tipo subversivo y la calificaron de delictiva común para no “forjar héroes de estos delincuentes”, se dijeron, pero ante la insistencia de las preguntas aceptaron que tenían sospechas de la actuación de un grupo subversivo entrenado en una zona de la provincia de Esmeraldas y que actuaría en las ciudades, en particular asaltando bancos y robando armas a uniformados y civiles, eran sospechas y sobre este último asalto ellos sabían tanto como los periodistas, nada, solo tenían la versión de los guardias del Museo.

En fin uno de los voceros con voz de policía, casi gritando y como si diera órdenes a sus reclutas leyó:

“Se trató de un asalto con armas de grueso calibre y fue un operativo montado por más de 20 hombres equipados con sofisticados mecanismos de comunicación, vehículos y armas, lo que les permitió sorprender, herir y provocar serios daños a las instalaciones del Museo y su personal, a más de destruir un sofisticado sistema de alarmas que resguardaban las propiedades históricas del país expuestas en esas salas”, rezaba el texto que nos entregaron en un boletín de prensa.

Al final el comandante intervino, así mismo con voz de policía, como advertencia: “Esta acción responde a una delincuencia cada vez más creciente en el país y que está financiada, desde el extranjero, por bandas de criminales profesionales y narcotraficantes que abastecen con armas y equipos a estos grupos dedicados a asaltar piezas valiosas de arte y cultura porque ese es un mercado nuevo y está bien financiado, ya que las piezas se venden a buen precio en otros países. Frente a ello, y antes que esta situación se vaya de las manos, exigimos al Gobierno el financiamiento de mejores equipos para la institución, la contratación de expertos en el manejo de la seguridad pública y la realización de cursos de capacitación para el personal en el extranjero, porque se creará un equipo especializado de hombres para combatir a estos delincuentes, para lo cual hay que dotarles desde uniformes hasta helicópteros, porque en este grupo estarán los mejores hombres de la institución para salvaguardar la seguridad de sus vidas y la de sus familias”, concluyó muy orgulloso en medio de las felicitaciones de sus compañeros y se retiraron dejándonos a los periodistas solos en el salón donde nos habían reunido y del cual



amablemente otros policías comenzaron a sacarnos.

Luego de eso volví a Quito y no tuvimos más noticias del tema durante unas semanas en las que intuí que los subversivos también bajaron el ritmo y no volvieron a comunicarse ni a ejecutar acciones que llamaran la atención, de hecho la respuesta del Ministro de Gobierno al pedido del Comandante de la Policía fue inmediata, se comprometió a buscar financiamiento y formar un grupo especial que se llamaría de “escuadrones volantes” y se estructuraría uno de élite llamado Grupo de Intervención y Rescate, GIR.

8

¿Alfaro vive?

Un día de trabajo llegué a casa en bus, casi anochece, caminé por un lado del Parque Inglés sin preocuparme, más bien pensando en que al siguiente día debía volver a Guayaquil a investigar el tema de las espadas de Alfaro porque le pedí a mi jefe que me permitiera hacerlo, de hecho los artículos sobre el robo en el Museo recibieron una serie de comentarios, a través de cartas y llamadas telefónicas, que iban desde las felicitaciones hasta tacharme de masón, liberal parcializado y comunista.

Iba pensando en cómo conseguir cupo en el avión de las siete de la mañana a Guayaquil porque no había reservado con tiempo, por eso no me percaté de que un joven alto y barbado se acercaba hacia mí con prisa hasta empujarme contra la pared de un cerramiento aprovechando que estábamos solos y no había luz suficiente.

Noté que no se trataba de un simple empujón, ese joven quería inmovilizarme y para ello colocó un revólver en el pecho, en principio creí que se trataba de un asalto y conservé la calma.

De pronto apareció un vehículo con las puertas abiertas donde, en cuestión de segundos, me embarcaron a empujones otros dos hombres que se bajaron a prisa.

No abrí la boca para nada, fueron ellos los que comenzaron a dar explicaciones y disculparse por los atropellos mientras me pasaban unas gafas y se acomodaban junto a mí en el asiento trasero.

El que iba a mi lado derecho dijo:

- Tranquilo pana somos de las Fuerzas Revolucionarias del Pueblo, Eloy Alfaro, no somos delincuentes, sabemos quien eres y hemos leído las notas que publicaste sobre el robo de las espadas y la versión que dio la Policía, nuestro propósito es explicarte las cosas como son, la plena, no tonterías de los pesquisas que quieren engañarles, nosotros sabemos que eres un periodista honesto y eso nos importa, así que fresquéate y relájate, vamos a un sitio donde podamos conversar tranquilos y luego te devolveremos sano y salvo, ya te digo, no somos

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

